



(Vista de la antigua Sinagoga, después Santa María la Blanca.)

LA JUDERÍA DE TOLEDO.

ARTÍCULO PRIMERO.

HAY en el extremo oriental de la ciudad de Toledo un barrio, si tal puede llamarse un agregado de casas miserables y ruinosas, que, por lo que se ve de su fábrica, denotan haber sido magníficas y espaciosas, ya por los grandes cimientos que las rodean, ya por las bóvedas ó subterráneos que las sostienen. Todas esas hoy mezquinas moradas están dispersas y situadas alrededor de una especie de plazuela, cuajada en otro tiempo de edificios, y hoy solitario emblema de la desolación y la ruina. Por todo aquel recinto hubo época en algún tiempo de vida y animación; el lujo y magnificencia oriental tuvo aquí una de sus principales sillars, y el comercio y las riquezas de toda especie uno de sus primeros bazares. Pero el trastorno de los siglos han

Año VII.

hecho desaparecer el cuadro hasta en sus pequeños detalles, y sustituir otro miserable y triste, es verdad, y que si nada dice para muchos, es una lección viva para otros que comparan lo pasado con el estado presente.

Mas este vasto sepulcro no carece de epitafio, y la destrucción de esta barriada no ha quedado sin padron que la atestigüe, y que nos diga al propio tiempo quienes fueron sus desgraciados moradores; hombres maldicidos que hace dos mil años, en virtud de los eternos decretos, vagan errantes por la redondez de la tierra, desde que las águilas de Roma acabaron con su nación, y destruyeron su templo. Pero si este ya no existe, pues el que figuraba ya vino al suelo, otros aun han quedado, en los que en otras edades se depositó la ley, y se encaminaron preces al Dios de Israel y de Judá.

Entre la soledad y ruinas de que hablo en este artículo, aun se elevan dos edificios enteros, sinagogas en otro tiem-

20 de marzo de 1842.

po, donde el pueblo hebreo, que habitaba la gran judería de Toledo, acudía con religioso fervor á escuchar la voz de sus doctores y sacerdotes. Estas moles de ladrillo, aunque de diversas épocas, pero ambas vistosamente enriquecidas, en mudos caracteres nos presentan la historia de una época y de un pueblo, que si es verdad que pasó, no por eso deja de inspirar recuerdos memorables y grandiosos á la vez.

No es mi ánimo como historiador profundo y detenido caminar paso á paso por la permanencia de los judíos en Toledo, y explicar con detenimiento los graves sucesos de que unas veces fueron causa, y otras desgraciado y lamentable objeto. Tan solo daré una breve noticia y rápida ojeada, indispensable en ciertos puntos históricos, para venir luego como artista á describir esos restos hebraicos, que aun se admiran en Toledo, y cuyo origen y vicisitudes es curioso y al propio tiempo de interés el recordar.

No creemos como bien asentada la opinion de los que fijan la primer venida de los judíos á España por los tiempos de Nabucodonosor, y si es mas probable y las relaciones coetáneas lo comprueban, en la época desgraciada para la nacion hebrea, y por los tiempos del emperador Adriano, en los que la espada, el hambre y la cautividad acabaron en un todo con la gloria de Israel, quedando arrojados los infelices judíos de su territorio, y de ese modo sin templo, sin patria y sin asilo, tuvieron los pocos que restaron que diseminarse por el globo, formando establecimientos en países lejanos, donde pudiesen gozar algun descanso y seguridad, siendo por consiguiente falsas cuantas fábulas se cuentan de los judíos de Toledo, anteriores á aquella época, y cuyo origen ha provenido de falsos y ya desmentidos cronicones (1).

Nadie admirará que viniendo muchas familias hebraicas á nuestra España no escogiesen las mas por su residencia á la ciudad de Toledo, ya notable en tiempo de los romanos por su seguridad y comercio, y para testimonio de esto y de lo mucho que en poco tiempo se multiplicaron, ya como esclavos, ya como comerciantes, puede servir la lectura del concilio Iliberitano celebrado á principios del siglo IV, en el que sus padres, palpando ya los desórdenes de esta nacion inquieta y orgullosa, ordenaron en varios de sus cánones severas providencias relativas al trato y comunicacion de cristianos con judíos, primer documento y mas antiguo que tenemos de la existencia de esa raza en España.

Las irrupciones de los bárbaros, que en poco tiempo acabaron con el imperio de Occidente, contribuyeron mas á aumentar el número de Judíos en España, y principalmente en Toledo, que no tardó, muchos años despues de la irrupcion, en ser corte y silla real de la monarquía goda, y centro por consiguiente del comercio y especulaciones de los hebreos, quienes en medio de la ignorancia y apatía general conservaban ciertos conocimientos en artes y oficios, que los demas ignoraban. Pero su genio audaz y emprendedor iba cada vez en aumento, y así en los primeros concilios toledanos ya se encuentran providencias contra ellos, que pueden verse en sus actas, ya prohibiéndoles tener mujeres cristianas, ya haciéndoles vivir en barrios separados, que desde entonces se llamaron *juderías*; pero nada bastó, y con especialidad los judíos de Toledo tomaron parte en varias turbulencias y escándalos, tanto que Chintila por el 638

trató de arrojar á todos de España; pero no tuvo efecto, y siguieron monopolizando el comercio de los puertos. Recesbinto dió tambien contra ellos varias leyes; pero mas que todos Sisebuto, quien, por consejo del emperador Heraclio, espidió un edicto para la espulsion de todos aquellos que no abrazasen el catolicismo, castigando con el mayor rigor á los que quedasen sin hacerlo, lo que dió motivo á una representacion curiosa, que al monarca hicieron los hebreos establecidos en Toledo, á quienes, mas que á otros, interesaba no abandonar esta ciudad floreciente, adhiriéndose en un todo á la Religion Cristiana y á todas sus prácticas, y espidiendo anatemas contra los que no quisiesen bautizarse.

Este documento curioso está en el Fuero Juzgo, y por las consecuencias, hace ver que semejante adherencia no fue mas que una conversion simulada, pues en tiempo de Wamba tomaron parte en la famosa rebelion de Paulo, lo que motivó la repeticion del decreto de espulsion, en el concilio XVIII de Toledo, que no tuvo efecto por el advenimiento de Witiza, que los protegió sobremanera, y dió lugar á que resentidos de las pasadas providencias, desplegasen su venganza contra los cristianos, contribuyendo, por su proteccion y recursos á los sarracenos, á la desgraciada perdicion de España. Lo cierto es que segun autores fidedignos, la entrega de Toledo á las tropas de Taric se debió á una traicion de los judíos, que en esta ciudad habitaban, pues saliendo en procesion la mayor parte de los ciudadanos el domingo de Palmas á la Basílica de Santa Leocadia, los judíos convenidos con los moros sitiadores, cerraron las puertas á los cristianos, y se las abrieron á sus enemigos, quienes entraron sin resistencia, degollando sin piedad á los infelices moradores de una ciudad tan indignamente vendida.

Enseñoreados los moros de Toledo, protejieron sin tasa á la multitud de judíos que por aquella época habitaban en esa ciudad floreciente, quienes descollaban por su amor al trabajo y á la industria, y con especialidad al estudio de las ciencias, mucho mas desde el 948 en que se trasladaron á Córdoba las famosas academias de los rabinos de Persia, y que muchos de aquellos fijaron su asiento en Toledo, y enseñaron á numerosos discípulos, tanto que por el 1300 de nuestra era el famoso Rab Aser fue elegido en esta ciudad por principal maestro de toda España, en la que constantemente, y desde entonces residieron siempre sus sucesores, y con mucha mas nombradía desde el 1249, en que habiendo conquistado S. Fernando casi toda la Andalucía, se trasladaron definitivamente á Toledo las academias de Córdoba, de que poco ha hicimos mencion, y que produjeron rabinos eminentes en toda clase de ciencias.

A esta época tan próspera y floreciente para los judíos de esta ciudad, debe referirse la construccion de la magnífica Sinagoga, (cuya vista interior presenta el grabado que va al frente de este artículo) uno de los mas preciosos monumentos que hay que admirar en Toledo. Su construccion, toda enriquecida con el lujo y ornato del mas precioso y delicado arabesco, nos demuestra á la vez el esquisito gusto que ya dominaba en la arquitectura árabe, y á mas la prepotencia hebrea, que hacia erigir un templo tan grandioso en el centro de su principal judería.

El no encontrarse en el interior de su recinto la mas pequeña inscripcion hebrea, demuestra que su construccion fue antes del siglo X, pues hasta pasado aquel no comenzaron los judíos á tallar en sus edificios versículos de los salmos, temiendo con eso profanar la lengua hebrea y el respeto de la Biblia.

Consta esta Sinagoga de cinco naves, con su techumbre de cedro perfectamente ensamblada, 32 pilares de ladrillo y figura octógona con capiteles delicados de yeso cocido, sos-

(1) Los falsos cronicones á que me refiero dicen que antes de la pasion de Jesucristo ya había judíos en Toledo, y que éstos fueron consultados por los de Jerusalem, acerca de la muerte del Salvador, á la que no accedieron los hebreos toledanos, con otras fábulas de este jaez.

tienen 28 arcos de herradura, sobre los cuales cargan los muros que dividen las naves, llenos todos de fajas y calados perfectamente acabados, y teniendo en su parte superior pequeñas ventanitas por donde entraba la luz á todas las naves. Los demas adornos dorados y del gusto plateresco que se ven en diferentes partes, son muy posteriores, y demuestran las vicisitudes que ha tenido este edificio, pues sirvió de sinagoga hasta el año de 1405 en que fueron de ella arrojados los judíos, y en que se consagró para iglesia con la advocacion de *Santa María la Blanca*. El cardenal Silíceo fundó allí un convento de monjas, y á poco de estinguido volvió á ser ermita, hasta el 1791 en que se profanó y destinó para cuartel: posteriormente ha servido de almacén de enseres de la Real Hacienda, y en la actualidad, descuidada la conservacion de esta preciosa antigüedad, está á pique de destruirse, y reducirse á escombros un monumento singular en su clase, en el que estudian á la vez el anticuario y el artista.

Pero no es esto solo lo que recuerda en Toledo la permanencia de los judíos: en otro artículo seguiremos, aunque brevemente, su historia, y se verá que su preponderancia é influencia en esta ciudad, si bien fue de mucho bulto durante el yugo sarracénico, no lo fue menos en la época de la restauracion, y bajo el régimen de los monarcas castellanos, que contribuyeron por su parte al engrandecimiento de esa mal llamada nacion.

N. MAGAN.

ESTUDIOS HISTORICOS.

DON JUAN EL TUERTO,

EL BANQUETE Y EL SUPPLICIO.

SIGLO XIV.

(Continuacion. Véase el número anterior.)

V.

La reconciliación y la fuga.

RECHINANDO de cólera supo D. Juan el Tuerto los tratos de Peñafiel, las bodas de Valladolid, y la salida de Don Juan Manuel para la guerra de la frontera, como el nombramiento de adelantado que se le hubo de otorgar en recompensa de la violacion del pacto de Cigales. Impedir uno y otro fuera temeraria empresa, y buscar el perdon del rey, sujetar su poderio á la venganza de D. Alonso, á la burla y escarnio de sus favoritos, y á los embates de D. Felipe y otros revoltosos magnates, que persistian en llevar á cabo el primer juramento y alianza.

Resolvióse, pues, á guardar silencio, y la misma conducta y aparatos hostiles que al principio, para aprovecharse de cualquier revés que á su perjuro amigo ocurrir pudiese, y ejercer entonces en sus estados toda suerte de daños y demasías. Mas al contrario sucedieron y cambiaron las cosas, y á tal punto iban llegando, que se vió obligado el de Vizcaya á escuchar las propuestas de Garcilaso y Nuñez de Osorio, y con amorosa y grata complacencia despa-

chó al mensajero, que de Valladolid le enviara el rey, ofreciendo á este su espada y sus gentes para ayudarle y servirle en la guerra de Gibraltar, que entonces se preparaba ya y concebía.

Sabedor el adelantado de la equívoca y falsa conducta de los privados de D. Alonso, y de que puestos en concierto con el de Vizcaya inclinaban al príncipe á contraer esponsales con Doña María, infanta de Portugal, repudiando á Doña Constanza, y haciendo anular su matrimonio, quiso por medio de una victoria contra los infieles granjearse otra vez el ánimo del rey, y hacer concebir á los cortesanos serios temores de su valía y pujanza, obligando tal vez á D. Alonso á marchar en persona á la frontera, donde confiaban destruir los ardidés de D. Juan, y menaguar el favor del Camarero y de Garcilaso.

A este fin salió de Córdoba con poderosa y lucida hueste de ginetes, hombres de armas, caballeros y maestros de las órdenes, y los pendones de la frontera con sus concejos y villas á que despues hubieron de unir los alcaides de Rute y Zambra; y orillas del Guadalhorce travó con los moros una sangrienta refriega, en que éstos fueron desbaratados y vencidos, con su caudillo Ozmin, que los capitaneaba. Mas, ¡á qué precio ponía tan señalados triunfos el ambicioso D. Juan! Los mensajeros llegaron á la corte del rey cuando este despachaba sus embajadores á Portugal, y trataba seriamente del repudio de Doña Constanza. Corrió la nueva de boca en boca: el disfavor y la indiferencia fueron el premio de la batalla de Guadalhorce: privaban, cual nunca, los amigos del Tuerto, y D. Alonso XI se disponía á salir para la ciudad de Toro, en que habia de tener lugar la reconciliacion del primero, y caer y derrumbarse de un golpe los proyectos del adelantado.

Un solo medio quedaba á D. Juan Manuel; ponerse en manos de su irritado cómplice en el juramento de Cigales; brindarle con sus gentes á renovar y ejecutar los primeros conciertos, y retirarse de Córdoba y su frontera hacia la tierra de Murcia, dispuesto á pasarse al Aragon luego que percibiese nuevos azares.

Todo lo llevó á cabo el padre de la olvidada reina de Castilla: aceptó el Tuerto sus ofertas, aunque disimulando con el rey, y accediendo á que en Toro se viesen ambos y concordasen.

Asi iba emaranñándose la situacion de nuestra patria, sin vislumbrarse otros medios de superar tantos obstáculos, que un castigo pronto, severo y terrible. Veremos en que términos lo dispuso y ejecutó con los traidores infantes el vengativo Alonso XI.

VI.

El convite de Toro.

¿Qué desusado rumor, que nuevo y fausto suceso anuncian hoy ese aparato de opulencia, ese movimiento interior de pages y escuderos, donceles, damas y paladines de lo mas ilustre y elevado de la corte castellana?... El copero y repostero mayor, el cenadero y mayordomo, el camarero y los continuos de la real casa, el merino y almirante, los alcaides de la corte del rey, ora se descubren adornados de lucidas cotas y esmaltados capacetes con blondos penachos y cimbras, ora se visten de sutiles y flexibles mallas, ora de bordadas ropillas, recamadas lorigas, ó ajustados coseletes, ora cubren su pecho con encomiendas, collares y bandas, que dias atrás prodigara sobre ellos la munificencia del soberano.

Por do quiera confusion y gratas sonrisas, por do quiera abundancia, fausto y grandezza. Oprimen esquisitos manjares las dilatadas mesas; Valladolid y Burgos, surtiendo en numerosas acémilas al castillo de Toro de cuanto hay mas escogido y grato, han cambiado, como por ensueño,

tan silenciosa morada en palacio de recreo, destinada de saciar el apetito y el gusto del poderoso príncipe y sus ilustres huéspedes. Tales eran los ostentosos aparatos del festín que se celebraba en 1.º de noviembre de 1324, y que debía poner sello á la alianza del rey de Castilla con el opulento Señor de Vizcaya. Allí hubieron de concurrir el consejo del reino, lo mas florido de la caballería de la Vanda, los priores, treces y comendadores de las órdenes; y tambien se echaban de ver los favoritos Garcilaso y Alvar Nuñez, el almorjari Jucef, que aspiraba al cargo de Rabi ó viejo de la Aljama entre su raza, el abad D. Nuño, el maestro Pedro, clérigo ó capellan de palacio, Martin Fernandez de Toledo, y otros distinguidos personajes, en cuyas manos habian caido las riendas del gobierno despues de la muerte de D. Pedro de Portugal, hermano de la reina Doña Constanza, D. Tello su hijo y del mayordomo mayor D. Juan Nuñez de Lara, que tanta parte hubieron en el mando durante las tutorias.

Era de ver cómo se apresuraba la muchedumbre de los vecinos pueblos á asistir á tan solemne festin, cuya causa atribuian unos á las próximas paces con el moro granadino, otros á la victoria del Guadalhorce y derrota del bárbaro Ozmin, otros á una secreta determinacion del rey para haber á las manos al señor de Vizcaya, dado que corrian voces de haber vuelto á anudar sus pactos con Don Juan Manuel, y que uno de los cómplices en esta trama habia advertido á Garcilaso lo que se preparaba en el castillo de Cigales, y en los estados de Belver. Engañábanse los primeros, y acertaban sin repararlo los segundos: lo cual daba origen á conversaciones animadas y acaloradas disputas; observándose generalmente que á pesar de las sospechas referidas, el aspecto de la corte del rey, lejos de ser imponente y aterrador, mostrábase risueño y apacible, á punto de que nadie se cuidaba de guardar las puertas contra la turba de curiosos que por todas partes las invadían; y soldados y pueblo reunidos, celebrando de antemano la solemnidad del dia, escanciaban sin reparo y en abundancia el vino, y confundian sus bacanales trovas con los aplausos de la muchedumbre.

Pasáronse largas horas; el sol declinaba á su ocaso, y la general alegría que en el alcázar reinara hasta entonces, cambiase en sobresalto y recelos, pareciendo á todos que ya era tiempo de que D. Juan el Tuerto, objeto de la atencion comun y del banquete del príncipe, hubiese cumplido sus promesas. Ibanse á despachar algunos servidores fieles al castillo de Belver, donde aquel moraba, con el objeto de indagar la causa de tan estraña tardanza, cuando el eco marcial de los instrumentos bélicos, y el relincho de los caballos, obligaron á suspender aquellas órdenes, visto que el ilustre convidado se adelantaba, precedido de una comitiva escogida y numerosa. Acompañábanle y servíanle en clase de escuderos, sus vasallos Garcí Fernandez Sarmiento y Lope Aznaren de Hermosilla.

Apenas tocó los umbrales del regio alcázar, despidió á sus gentes, mandándoles esperasen allí hasta recibir nuevos mandatos, y seguido de sus fieles escuderos apeóse en el atrio, alzóse la visera, y con muestras de bondad y cariño, abrazó al abad de Santander, dirigiéndole estas palabras.

— Os felicito, padre mio, por vuestra resistencia y cordura en las bodas de Doña Constanza. ¿Mas á que os apresurais por ver al hijo de vuestro mejor amigo, cuando sin duda sois llamado aqui á presenciar su muerte y su deshonra...?

Iba á responderle el abad, á tiempo que el rey con todo lo mas escogido de su corte, y precedido del camarero mayor, mantuvo á ambos en silencio, anticipándose á recibir á D. Juan. Pero como este viese que los hombres de

armas que custodiaban el regio aposento, se hacian señas de inteligencia, á que correspondia Garcilaso, vuelto el rostro con enojo al camarero, le dijo.

— Recuérdos, D. Alvar, la protesta del rey de Castilla en el mensaje de Belver.

— Dudais por ventura de lo que allí se acordó, infante Don Juan...? (contestóle Nuñez.) Preguntad podeis ahora á S. A., quién fue el que trazó la firma del pliego que puse en vuestras manos.

— Y en dudar se ofende mi decoro y vuestra lealtad, (interrumpió D. Alonso.) Quédense en buena hora las sospechas para quien menos avisado ó menos cuerdo que vos lo sois, desconozca lo que á su cuna debe y á su inocencia. Palabras son las vuestras, mejores para el combate que para la reconciliacion.

— Basta, señor (repuso D. Juan.) No creo de este lugar ni propio de este dia, el explicar mis pensamientos, y acreditarlos, á fé de caballero, la verdad de cuanto escucho y palpo, desde que pisé los umbrales del castillo de Toro, cuando debo á un rey la prez de ser hoy su huésped y su amigo.

Y dicho dobló la rodilla el infante, y besó la mano del príncipe, que le condujo al banquete.

(Se concluirá.)

COSTUMBRES ANDALUZAS.

LOS JUDIOS DE LA SEMANA SANTA.

AQUELLA semana que la iglesia consagra especialmente á recordar la pasion y muerte del Redentor de los hombres, ofrece en nuestras grandes capitales un espectáculo sublime y grandioso en la celebracion de los divinos oficios, en la visita de monumentos, y en todas aquellas preces, que conmueven nuestro corazon, y levantan nuestro espíritu hasta la contemplacion de los profundos misterios del catolicismo. Entonces todo es recogimiento y silencio, todo llanto y dolor. Ni se ven carruages, ni se oyen canciones, ni los ecos de profanos instrumentos turban el reposo de aquellos memorables dias.

Por esto es mayor el contraste que experimenta el viajero curioso y observador de nuestras costumbres, que recorra en semejante época las populosas villas del antiguo reino de Córdoba, y se sienta dispuesto á gozar de todo el interés que ofrecen sus moradores. No necesita ciertamente apelar á tiempos remotos, ni consultar añejas historias, para saber á punto fijo los usos de nuestros mayores, respecto á la representacion material, que en las procesiones de semana santa ha de ver por sus propios ojos. Ni Roma, Milán y Venecia en sus carnavales, ni Tudela en sus *cipté-ros*, ni Zaragoza y otros pueblos en sus *gigantones*, *taras-cas* y demas alimañas de estilo, ofrecerán mayor novedad al extranjero, que Cabra, Baena, Rute, Carcabuey y muchos que citar podemos, casi á la mitad del siglo XIX.

Dejemos para otros la tan debatida cuestion, que versaba sobre la utilidad ó desventajas de aquestas procesiones, y déense por ello de calabazadas los filósofos y los criticos, los civilizadores y los antireformistas. Sin que importe una higa á los actores cuanto sobre el particular se ha escrito, prosiguen impávidos haciendo parte del espectáculo anual, y eso les dá de los autos acordados del antiguo régimen, que fulminan contra ellos terribles anatemas, como de las hinchadas declamaciones de los periodistas de ogaño. Ven gan los gefes políticos de 821, ó los alcaldes mayores del

24 con sus bandos y peroratas; vengan los ministros de 842, y los diocesanos, y los gobernadores, poniendo en alambique á las cofradías y hermandades, y concediendo de gracia el uno por ciento en razon de utilidad. No por eso quedarán privados los habitantes de Baena de la grata presencia de Pilatos, vestido de casaca y chupa, ni de la interesante y grotesca doncella del presidente de Judea. No por eso faltará en Cabra Longino con sus botas de montar, su colete de ante y su gorro azul, paseando á tientas las calles de la villa, y buscando en vano al lazarllo jugueton, que escapa para distraer á la concurrencia. Ni se echarán de menos los profetas con colchas y caretas de á tercia; los patriarcas con coronas de laton; las sibilas con barbas y zapatos de raso blanco; los ancianos del apocalipsi cruzando sus mantillas de sarga de Málaga y coronadas sus frentes de durísimo cambron; los soldados romanos cubiertos de cascos á la usanza de la media edad y adornadas sus cimbras con plumeros de la milicia nacional. Ni renunciará la poblacion tan fácilmente al sacrificio de Abraham, ni al descendimiento de la cruz, ni á los pasos que se repiten anualmente á su vista, y no por eso sacian su inagotable curiosidad. Será muy cruel no hallar á Judas en la última cena, sentado el postrero á la izquierda del Salvador, y metiendo su mano en un plato de aceitunas sevillanas.

Así vemos dejar por este tiempo las ciudades comarcanas una buena parte de sus cultos moradores, y correr presurosos en busca de estas escenas, tan nuevas y originales para aquellos que no las han presenciado. De Granada, de Córdoba y de Sevilla vienen todos los años no pocas familias, y á todos llama la atencion el movimiento y bullicio que precede á la solemnidad. El martes ó miércoles santo comienzan en los pueblos las procesiones, y hasta el sábado no cesan, saliendo dos diversas en algunos de los dias intermedios. Regularmente la del jueves santo suele ser la mas notable por la variedad de los trages, por la multitud de cofradías, por el número crecido de individuos que las componen, y por el lujo, la vida y animacion que se descubren por todas partes, y revelan la existencia del vecindario, casi muerto para la sociedad hasta estos dias.

El labrador abandona los campos; el artesano cierra su taller, y el comerciante suspende momentáneamente sus negocios y su vida sedentaria. En las calles hierve el gentío ansioso de impresiones nuevas; una doble fila de sillas tendidas por ambas aceras, convida á un grato reposo al sexo femenino de las clases pobres. Los balcones y ventanas apenas pueden ofrecer espacio suficiente para tantos espectadores, y todos aguardan impacientes el momento deseado.

En una de aquellas hermosas tardes de abril, cuando el sol se halla en todo su esplendor, cuando se respira el ambiente embalsamado de las flores en la deliciosa atmósfera que rodea á la villa de Cabra, es cosa de ver el bullicio, la confusion y tumulto que precede á la procesion. Los estandartes y guiones, las cruces y las banderas, atraviesan de acá para allá, y se ven en todos los puntos; el ruido de los palios, el clamoreo de las campanas, los tristes gemidos de las trompetas, el sonoro estruendo de los tambores aturden en las calles y las plazas. Las imágenes llevadas en hombros acuden de encontrados puntos al lugar de la reunion; el profeta y el evangelista, el judío y el penitente, el patriarca y el nazareno se mezclan, se saludan y conversan con familiaridad: las cohortes romanas formadas en columnas marchan á llenar el puesto señalado. Todo indica la proximidad del espectáculo, y escita en el forastero el mas alto grado de interés. Entonces se deja ver la procesion.

Abre la marcha la cruz parroquial, y tras ella avanza en buen orden el ejército romano, vestido mitad á la usan-

za del siglo XVI, mitad á la del prosaico XIX. Siguen despues las cofradías en sus respectivos lugares, precedidas de estandartes y trompeteros, y comandadas por sus gefes (*hermanos mayores*), que empuñan sendos bastones labrados de plata y oro. Al fin de cada cuerpo conducen los cofrades la imagen correspondiente en andas y sobre elevado trono, y á ella sigue el palio, indispensable para precaverse de las injurias del tiempo. Estas hermandades llegan á un número infinito, y se diferencian todas en el traje y en el objeto de su representacion. Su nomenclatura sola nos detendria demasiado, y la prolija descripcion de sus ropajes, funciones é instituto habrian de fatigar sin provecho el ánimo de los lectores de este articulo. Bastará saber por vía de dato, que en el Jueves Santo por la tarde suelen pasar de novecientos individuos los que forman la procesion. Que en este dia, y con muy poca diferencia en los demas, ninguno (esceptuando los mayordomos) lleva su propio traje, ni omite la careta, y que las diversas secciones de esta mascarada religiosa presentan la mas vistosa y sorprendente variedad. La seda, el terciopelo y otras telas preciosas se ostentan en mil formas diferentes, y constituyen el principal ornato de aquella vasta decoracion. Allí el curioso puede recrearse en contemplar antiquísimos restos de la edad pasada, que se han conservado hasta nuestros dias, y transmitido de generacion en generacion, como los monumentos de las ciudades de Grecia y del Egipto.

El origen de algunas de estas hermandades se pierde en la noche de los tiempos, y los atributos y adminículos, que anualmente salen al público en ellas, tienen igual fecha. Las hay tambien de tres ó cuatro siglos de existencia no interrumpida, y muchas en este y otros puntos se disputan la primacia, y un lugar preferente en los anales de la poblacion.

Mas ninguno de los personajes del antiguo y nuevo testamento que sacan á relucir su antifaz en tales dias puede compararse á los judíos. Y así como entre todas las naciones del globo este antiquísimo pueblo descuella por sus costumbres, por sus leyes, y por el cuidado con que transmitió á la posteridad la memoria de los hechos antediluvianos; así en este alarde público de fantasmas, en esta galeria de notabilidades místicas y profanas, se levanta sobre todos, y reclama del observador la mas privilegiada atencion. El judío es el centro á donde se dirijen las miradas de la concurrencia; el ser excepcional á quien todos miman y prefieren, el hombre de accion y movimiento, sin cuya presencia todo apareciera frio, insipido y trivial.

Para aspirar al honor de una plaza en estas tribus, es preciso que el solicitante tenga lo que llaman los inteligentes, *buena sangre*, esto es; que descienda de cristianos viejos sin mezcla alguna de otra mala raza, ni de moriscos, ni de recién convertidos á nuestra santa Fé Católica: y si preguntais, lectores míos, la causa de tan severo escrutinio, os dirán con gravedad las viejas del país, "que todo ello es necesario para que la costumbre de representar anualmente su papel, no influya en sus hábitos y creencias."

Los judíos desempeñan muchos deberes en las procesiones de semana santa. Ellos prenden á Jesus, y le llevan como en triunfo el jueves, por mas que semejante hecho no esté muy acorde con los sagrados libros. Ellos tienden las capas á su paso, cuando entra en Jerusalem sobre una pollina, adornada de cintas y de moños. Ellos espían constantemente y por medio de espantosos visages á los evangelistas, cuando escriben su Evangelio. Ellos les quitan sus plumas de flores el viernes santo, para impedir que se publique y estienda por el universo la doctrina del Crucificado. Se encuentran en todas partes, pertenecen á todas las cofradías, y si algun hidalgo de la comarca pretende

llevar su vestido, le hacen pagar mas caro el alquiler que los guarda-ropas del Circo ó de Villa-Hermosa.

Este traje es lo mas orijinal que ha podido imaginarse. Forma su pieza principal una careta disforme, mas horrible que el rostro de Medusa, llena de verrugas, lunares, chirlos y dobleces, y con una espresion parecida á las grotescas figuras del Bosco, ó á las de nuestro moderno Alenza. Está asida por detrás á una faja ó coleta que vá disminuyendo hasta acabar en punta, y de ella pende por la espalda un manojo de cintas de seda de colores. El cuerpo del judío se cubre de un colete de ante con faldas cortas, y las piernas con calzones de damasco encarnado, guarnecidos de blanca muselina, y que bajan hasta la pantorrilla. Pendiente de la cintura, lleva una multitud de pañuelos de preciosas telas, como vendedor de quincalla; y al lado izquierdo una especie de daga, de la que suele echar mano cuando se irrita para amenazar á sus enemigos. Las medias que usa, son blancas siempre, excepto el viernes santo, pues entonces viste de luto; las lleva negras, y en la mano un rosario de cuentas gordas, como buen cristiano.

Su postura ordinaria es de pie; jamás dobla la rodilla, ni inclina el cuerpo ante las imágenes de los santos, ni ante el mismo Señor Sacramentado, que se reserva en los monumentos, y permanece con aire indiferente y los brazos cruzados sobre el pecho, escuchando con atencion solamente el sonido de las trompetas, ó el pito de su gefe para obrar en consecuencia.

Este gefe, á quien podemos mirar como el patriarca de la tribu, ejerce el cargo por derecho de sucesion ó varonía, no turbado ni interrumpido en sus ascendientes desde los tiempos mas remotos. Su traje es igual al de sus subordinados, aunque las piezas que lo componen parecen mas finas y delicadas, y el silvato de bronce que hace resonar de cuando en cuando es su verdadero signo jurisdiccional. Para aplicarlo á los labios con mayor comodidad, acostumbra á ponerse la careta en la cabeza, á guisa de sombrero, y semejase entonces al Dios Jano con su doble faz.

En los archivos de las siete escribanías numerarias de la villa, no es raro hallar algunos testamentos con la clausula siguiente. "Item...dejo á mi hijo N. un vestido completo de judío, y es mi voluntad que ocupe esta plaza en la cofradía á que pertenezco."

Mucho mas podríamos decir sobre este tipo de las costumbres de semana santa, si no fuese ya harto prolongada nuestra narracion; por lo cual concluiremos asegurando que al través de estas usanzas se encuentran objetos que admirar por el artista en la bella escultura de algunas efigies, en las alhajas de oro y plata, en los ornatos y vestidos de las mismas, y sobre todo en el notable, por muchos conceptos *sepulcro de Cristo*, que sale á la veneracion de los fieles el viernes por la tarde.

JUAN ANTONIO DE LA CÔRTE.

AL PUEBLO DE ISRAEL.

*Tota die exprobant mihi inimici mei,
et qui laudabant me, adversum me jurabant.*

*Ygnis in conspectu ejus exardescet; et in
circuito ejus tempestas válida.*

DAVID.

Duermes ahí, sobre las rocas duras,
bajo ese sol que te miró algún día
dominando las fértiles llanuras
que con su grato resplandor teñía.

Duermes ahí, del Gólgota en la falda,
ó de Sion en la esmaltada cumbre
en la florida túnica de gualda
do el sol estrella su abrasada lumbre.

¡Ah! vuelve, vuelve los cansados ojos
á esa ciudad, señora del Oriente,
y verás sus espléndidos despojos
escarnio ser de la precita gente.

Mira por las llanuras estendidas
ni una yerba crecer de suave aroma,
que estan sobre sus cálices tendidas
las impúdicas hijas de Mahoma.

Duermes ahí, sobre la blanca arena,
y sin pensar el porvenir profundo
arrastras silenciosa tu cadena,
hijo de la ciudad reina del mundo.

Despierta, si; con tus nerbudos brazos,
con tu mirada de águila altanera
has de romper los opresores lazos
que así te agobian de la turba fiera.

Acude allí do el buitre se desploma
para buscar la apetecida presa;
ves á librar la cándida paloma
que temerosa el ámbito atraviesa.

Ves á librarla; cruza el ancha sierra;
junta tus compañeros desmayados,
y al libre son de destructora guerra
cae sobre esos infieles descuidados.

Brillen del sol al resplandor ardiente
bruñidas cotas y aceradas mallas,
y húndanse á tu bramido prepotente
puentes, almenas, torres y murallas.

Despierta ya: la lumbre de tus ojos
por el desierto inmensurable tiende,
y animando esos pálidos despojos,
todo el valor de tu nacion enciende.

Acude allí, que hasta el confín lejano
ha de llegar tu portentoso brio,
y de tu altivo dueño el fausto vano
caerá con su admirable poderio.

¿No oyes mi acento entre el confuso estruendo?
¿no oyes el eco de mi voz perdida?
¡y así te estás tu desventura viendo!
¡y así dejas tu patria envilecida!

¡Y no se inflama cual ardiente hoguera
tu patrio amor! ¡ó temeroso y blando
esperas ¡ay! de compasion siquiera
una mirada de tu dueño infando!

¡Lejos de mí! si desvalido y yerto
sueeltas llorando la cortante espada;
si cruzas la llanura del desierto
mustios los ojos, la cerviz doblada;

Y de tu frente el signo vergonzoso
llevas impreso aun cobardemente,
y prefieres gozar tan vil reposo
á morir con honor como valiente.

¡Lejos de mí, menospreciada tropa;
huid, infames, en cobarde bando,
que nosotros los hijos de la Europa
nunca sufrimos extranjero mando.

Huid á otra region que halleis lejana
sin verdor, sin placer y sin dulzura,

do repose la ignota caravana
mirando ya perdida su ventura.

Huid á otra region do el sol no alumbre,
do apenas fértil la escabrosa tierra
halleis montañas de ardorosa lumbre,
halleis de hielo transparente sierra.

Y al recordar el cautiverio duro,
cuando llorosos á Sion dejasteis,
cuando del cedro entre el ramaje oscuro
las dulces arpas de David colgasteis;

Y al recordar en los salones de oro,
do vierte aromas el fragante Casia,
penseis en el espléndido tesoro
en los diamantes y ámbar del Asia,

Las espaldas volviendo confiados
en medio de sus lúbricos placeres,
ved los hijos de Islam señoreados
gozando á su solaz vuestras mujeres.

Aun esperas que venga el prometido;
aun piensas entre nubes turbulentas
oir el eco que en feroz bramido
abre en el cielo ráfagas sangrientas.

Si, vendrá; si, vendrá: mas cuando el eco
gima en ronco sonar, la tierra muda,
ha de apagarle en su recinto hueco,
sin que un mortal para escucharle acuda.

Rompiendo el dique estrecho que le encierra
entonce el mar se lanzará iracundo,
y al estenderse en la anchurosa tierra,
guerrá sorberse la estension del mundo.

El sol apagará su disco ardiente,
y por la estéril tierra envejecida,
los pedazos del carro refulgente
rotos en trozos mil, caerán sin vida.

Y bramarán volcanes escondidos,
y en sus nuevas y extrañas erupciones,
pedazos de los montes desprendidos
arruinarán ciudades y naciones.

¡Ay! y los muertos al erugir tremendo,
para escuchar la divina sentencia,
irán todos sus tumbas entreabriendo,
temerosos de Dios á la presencia.

Y le verán sobre el radiante cielo
girar volando la estension del mundo:
abriéndonos los pórticos de hielo
que velan hoy el bienestar profundo.

Y al abismo del mal precipitados,
y á los recintos del placer amenos,
irán por sus delitos los malvados,
por sus virtudes llegarán los buenos.

Entonces le verás, pueblo dormido
en esa esclavitud torpe y odiosa,
imponer el castigo merecido
á esa nacion de servidumbre ansiosa.

FRANCISCO LUIS DE RETES.

ESPAÑA PINTORESCA.

ELCHE Y SUS PALMARES.

En el camino que conduce desde Alicante á las Andalucías, á 5 leguas de Orihuela y 25 de Valencia, se halla situada la villa de Elche, en una dilatada llanura cerca del mar.

La importancia histórica de esta villa data de tiempos muy antiguos; pues su mismo nombre, de origen celta, en cuya lengua significa *poblacion*, supone una existencia anterior á la venida á España de los griegos y de los cartagineses. Los romanos la apellidaron *Ylici* ó *Elice Contestanorum*, y en tiempo de Augusto fue *Colonia inmune*, y obtuvo la prerrogativa de derecho itálico, y la facultad de batir moneda, con otros varios privilegios singulares que prueban bien su alta importancia.

Pero no es nuestro ánimo entrar ahora á señalar las sucesivas vicisitudes de esta villa antes y despues de la conquista de los moros, y en las civiles y extranjeras guerras posteriores; ni tampoco entrar en la descripción de las antiguas murallas y torres, templos y demas monumentos que contiene; ni fijar, por último, el número de sus habitantes: entre 150 que la supone Laborde en principios de este siglo, y 290 que la dan los diccionarios geográficos modernos.

Lo que hoy nos hace llamar la atencion de nuestros lectores sobre esta villa, y lo que principalmente la distingue de todas las demas del reino, es la asombrosa fecundidad, el magnífico espectáculo oriental de sus *palmares*, extendidos por la dilatada llanura de su término, que limitan al N. algunas lomas, la sierra de Sta. Pola al E., y la del Molar al S.

Viniendo de la parte de Orihuela, y al dar vista á Elche, se creería en efecto el viajero transportado á uno de los mas bellos paisajes de la costa de Africa. Sobre las frondosas copas de los olivos y otros árboles frutales, mira descollar una prodigiosa multitud de elevadas palmeras, que segun el naturalista Bowles, no bajan de cincuenta mil, cuya mayor parte suben hasta la magestuosa altura de 120 pies. Los dátiles que producen son mas gruesos que aceitunas; y cuelgan en racimos de diez á quince libras. Su gusto es menos dulce y menos empalagoso que el de los dátiles de Berbería. Los labradores envuelven algunas ramas de las palmas con esparto ú otras yerbas, para defenderlas del sol y del aire, y así las blanquean como el apio ó el cardo, y las venden despues á todas las iglesias de España para las funciones del domingo de Ramos; de suerte que no solo el esquisito fruto de este árbol es de una utilidad grande á la poblacion, sino que sus mismas ramas vendidas y esportadas á otros pueblos, son de un producto enorme para su riqueza.

Quisiéramos sobre esto poder presentar algunos datos á nuestros lectores, que sirviesen para graduar la importancia de este sagrado tributo que todas nuestras catedrales, colegiatas é iglesias notables pagan á la villa de Elche con ocasion de la festividad de las palmas; pero carecemos de ellos, aunque creemos que haya de subir á muchos miles de pesos; sin embargo, que hoy debe haber decaído el consumo por la falta de los conventos y escasez en que se hallan las

catedrales. En medio de esto, á la hora que leerán nuestro suscritores este artículo, todas las de España, aun las mas lejanas, verán cimbrar bajo sus elevadas bóvedas la elegante palmera de Elche, delicadamente entretejidas sus ojas en flores y coronas, y meciendo sus flexibles tallos en la

nube de incienso y al mágico sonido del "Hossanna" de Sion.

Por nuestra parte hemos querido consagrar este recuerdo á la villa de Elche, procurando que la vista que presentamos con este artículo, dé una idea, aunque débil, de su singular perspectiva.



(Vista de la villa de Elche y de sus palmares.)

ADVERTENCIAS.

Con motivo de las próximas funciones de Semana Santa, y la concurrencia que ocasionan á Toledo, ha parecido conveniente reunir algunas colecciones de todos los números del *Semanario* que tratan de los monumentos históricos y artísticos ó de las fiestas de aquella célebre ciudad, y desde hoy se hallarán de venta dichas colecciones á 16 reales cada una en la librería de Jordan.

Los objetos descritos en estensos artículos y acompañados de sus correspondientes láminas, son los siguientes:

La catedral.—El monumento de Semana Santa.—Las procesiones.—La custodia y posesión del corpus.—El Alcázar.—El convento de S. Juan de los Reyes.—El castillo de S. Cervantes.—La fábrica de espadas.—El río Tajo y su navegacion.—La cueva de Hércules y el palacio encantado.—El hospital de locos del Nuncio.—El de expósitos ó de Santa Cruz.—El de afuera y el sepulcro del cardenal Tavera.—La biografía del cardenal Lorenzana.—La Judería.—En el número del domingo próximo se dará un segundo artículo de la Judería, y otro sobre los muros, puertas y puentes de Toledo con una vista de la puerta llamada *del Sol*.

El miércoles próximo 23 de marzo (en atención á la festividad del jueves) se repartirá la entrega tercera de la obra titulada *ESCENAS MATRITENSES* por el *Curioso Parlante*; cuya entrega consta de cuatro pliegos, y comprende los artículos siguientes: *El paseo de Juana*.—*El día 30 del mes*.—*El amante corto de vista*.—*Las tiendas*.—*El barbero de Madrid*.—*El poeta y su dama*.—*Grandeza y miseria*; acompaña al primer artículo una lámina tirada aparte.

Continúa abierta la suscripción á esta obra, que consta de cuatro tomos publicados por entregas semanales: en las librerías de Cuesta, calle Mayor; de Ríos, calle de Carretas; y Europea, calle de la Montera. Precio de cada entrega, cuatro reales; y por tomos á 16 reales cada uno. Los suscritores al *Semanario* no abonarán mas que quince entregas, recibiendo gratis las demas hasta las diez y siete ó diez y ocho de que ha de constar la obra.

En las provincias en todas las librerías, y administraciones de Correos, donde se suscribe al *Semanario*.—Precio 20 reales tomo franco de porte.